

DEFENDER AL MINISTERIO ES DEFENDER AL TRABAJO

por Carlos Tomada, [06 de Septiembre de 2018](#)

La degradación del Ministerio de Trabajo de la Nación anunciada por el Gobierno genera tristeza e indignación y es un paso más hacia el objetivo de avanzar contra los trabajadores y sus organizaciones sindicales. Pensé que no se iban a animar, que ese ministerio al que conocía desde hace muchísimos años y en distintas circunstancias no iba a ser víctima del ideologismo y la impericia.

Esta decisión política del Gobierno me llevó a reflexionar una vez más sobre el rol del Ministerio que me tocó ocupar durante años. La primera vez que entré a mi despacho como ministro tuve una única certeza: no habíamos llegado para ser meros administradores de una crisis, sino para transformar una situación que se presentaba desoladora.

Cuando asumió Néstor Kirchner nos encontramos con un Ministerio de Trabajo que tenía como principal tarea administrar los Planes Jefes y Jefas de Hogar. En la puerta había entre dos y tres movilizaciones diarias. Eran manifestaciones de excluidos que sólo querían que los viéramos. Las funciones del Ministerio estaban totalmente desvirtuadas, por la durísima realidad de 2003: nos encontramos negociando kilos de carne y pan. Nos decidimos a recuperar lo mejor de su histórica tradición institucional.

En esos días nació una idea muy sencilla, pero revolucionaria para esos tiempos: no reprimir el conflicto social, desarmar ese esquema de planes y que los reclamos sean de trabajadores organizados por más derechos, no por comida. Sabíamos que el camino era que el trabajo y los trabajadores sean el eje de la inclusión social, no -como hoy- la variable de ajuste.

Hicimos crecer en número y en funciones al ministerio. Para nosotros fue un orgullo que haya más empleados con compromiso, más inspectores que fiscalicen el trabajo no registrado, mejores edificios y más cuadros técnicos formados. Eso generó que

pudiéramos enfrentar más responsabilidades y tener mayor capacidad de intervención en los conflictos.

El principal dato alentador que tuvimos fue el paso de aquellos que tenían un plan social al trabajo formal. Fue un proceso virtuoso que funcionaba al calor de una economía que crecía en su aspecto más productivo: la industria.

En ese contexto de crecimiento económico comenzamos a convivir con el conflicto por la puja distributiva. Fue un salto cualitativo, que esperábamos y necesitábamos. Así se puso en marcha la Negociación Colectiva y el Consejo del Salario Mínimo, buscando siempre soluciones a través del diálogo entre trabajadores y empresarios. Estas dos herramientas permitieron, sobre todo, empoderar a los trabajadores y recuperar un equilibrio en la relación de fuerza con los empresas.

Uno de los mayores logros fue que las paritarias se vuelvan una rutina, una práctica habitual y un activo social que todos debíamos cuidar. En estos últimos casi tres años el retroceso fue demoledor. Y planificado, claro está.

A medida que fuimos incorporando trabajadores al sistema formal fue más fácil recuperar la concepción del trabajo y que se pierda el miedo a la incertidumbre, tan frecuente en estos días. Y lo hicimos sabiendo que los argentinos quieren trabajar, a pesar de lo que se escucha desde algunos sectores, y que es el trabajo el que genera riqueza, no al revés. Más y mejor trabajo fue la idea central.

Para que haya mejor trabajo hacía falta capacitación, por eso cientos de miles de trabajadores y trabajadoras actualizaban sus saberes por año impulsados por el Ministerio junto a las organizaciones sindicales y algunos sectores empleadores. Abordamos también la cuestión de la desigualdad de género, la violencia laboral, la discriminación en razón de la diversidad sexual y las adicciones en los lugares de trabajo. Pusimos sobre la mesa temas que eran del ámbito de lo oculto, de lo negado.

Esto no se podría haber logrado sin los millones de puestos de trabajo creados, sin el combate al trabajo ilegal, sin el crecimiento del salario y sin una presencia verdaderamente federal a lo largo y ancho del país con las Oficinas de Empleo y las Delegaciones de Trabajo.

También enfrentamos problemas y el Ministerio estuvo ahí presente, como debe ser. La crisis financiera internacional de 2008/2009 había impactado fuerte sobre el empleo. Todavía recuerdo ese día que la Presidenta me llamó a Olivos. Los medios opositores y la oposición pedían a gritos un ajuste. Apenas llegué, Cristina me miró y me dijo: "Carlos, no se toca ningún puesto de trabajo. Esta crisis no la van a pagar ni el trabajo ni los trabajadores". Así pusimos en marcha los REPRO, una herramienta que nos permitió que no se rompa el vínculo laboral con un subsidio que iba directo a la cuenta sueldo del trabajador. Otro camino fue posible. Por eso hay que descreer de aquellos que dicen, como lo hace este gobierno, que "no hay alternativa".

A pesar de las enormes dificultades también llegó el tiempo de la ampliación de derechos para colectivos postergados, como los peones rurales o las trabajadoras de casas particulares, la reducción del trabajo infantil, junto con más de 60 leyes para defender el trabajo.

El mercado de trabajo discrimina, excluye a los jóvenes, a los vulnerables. Por eso y por todo lo que se cuenta brevemente en esta columna hace falta un Ministerio de Trabajo activo, que atienda las desigualdades y que trabaje fuerte y todos los días para que el empleo formal que se genere llegue a todos y todas. También hace falta tener, como fue en mi caso, presidentes que pongan al trabajo en el centro de las políticas públicas.